

# NO BASTA CON SOLO MANTENER LA SERENIDAD

Por

Richard B. FISHER  
Mayor, Ejército USA.

El Mayor Richard B. Fisher está asignado a la Oficina del Subjefe de Estado Mayor para Inteligencia en Washington, D.C. Sirvió en Alemania de 1961 a 1965 y subsiguientemente en Vietnam con la Oficina del Subjefe de Estado Mayor, J2. Se recibió de Bachiller en Artes, especializado en Historia, de Harvard University, Cambridge, Massachusetts.

**E**l grado hasta el cual el Ejército se ha inmiscuido en disturbios nacionales ha llegado a tal punto que ya es preciso examinar francamente y debatir abiertamente el papel, la misión, los objetivos, operaciones y motivaciones del Ejército. No hay que reconocer y estudiar los peligros y oportunidades que una sociedad

en progreso le presenta al Ejército. Tenemos que reconocer la oportunidad para reafirmar nuestro tradicional papel frente a frente a la sociedad americana: estar dispuesto a servir al país y a la vez abstenernos de imponer nuestras ideas. Debemos reconocer los peligros de una política basada en lemas o con-

El Ejército se ha beneficiado de las lecciones aprendidas en Detroit, Michigan, y Washington, D.C., con respecto a los medios para hacer frente a la violencia nacional abierta.



ceptos irrevocablemente estrechos e imaginativos, que fallan en hacer frente a nuestra disyuntiva.

### El peligro

Un enfoque persistente en pequeños problemas técnico-militares que surgen como consecuencia de las violentas manifestaciones del cambio social en la nación no es un esfuerzo sincero ni responsable. El envolvernos cómodamente en un manto de no participación en asuntos políticos sería engañarnos nosotros mismos. El Ejército es fuerza —el depositario más importante de fuerza en nuestra sociedad— y la fuerza es lo que sostiene la política. Por lo tanto, sería necio sostener que el restablecimiento de la ley y el orden no es una actividad política.

Un principio de la actual revolución social es que la ley es inadecuada y desigual en sus efectos y que el orden social es completamente injusto. Por consiguiente, desde el punto de vista práctico así como teórico, el mantenimiento o restablecimiento de la ley y el orden, se halla en el mismo centro de la actual contienda política.

Por otro lado, nadie, sino un anarquista, negaría que la sociedad tiene el derecho a protegerse de la insubordinación y el desorden. Nuestra constitución les garantiza a los Estados protección contra cualquier acto de violencia tan pronto la soliciten. Para que una sociedad sobreviva es preciso que insista en la observancia de ciertas reglas acordadas y expulsar o suprimir aquéllos que no las observen.

El Congreso trata de interpretar las necesidades y deseos del pueblo. La rama ejecutiva, incluso el Ejército, actúa según las interpretaciones del Congreso. La rama judicial verifica que ambos hayan obrado según lo dispone la Constitución. Quiérase o no, el Ejército está envuelto en la política,

### Síntomas perjudiciales

Para el Ejército es razonable que esté un poco rezagado de la sociedad. De lo contrario, sería el Ejército, no la sociedad, el que iniciaría el cambio social. Pero no puede rezagarse demasiado; pues si esto sucediera, el resultado sería un

agravamiento de dos condiciones que, en forma moderada, son normales para una nación próspera: la separación del Ejército de la sociedad y la identificación de las fuerzas militares con uno o dos extremos de la opinión política.

Un síntoma perjudicial de agravamiento de la primera condición podría ser la actual tendencia de "neo uptonianismo" por lo cual generalmente se entiende un resurgimiento del interés en la idea de un Ejército permanente 100 por ciento profesional, con buena paga, bien equipado, bien adiestrado e inherentemente bien aislado de la sociedad americana. Emory Upton estableció a fines del siglo XIX una escuela de pensamiento que reaccionó contra la fe jacksoniana en la milicia. Al presente, la creciente tecnología y las constantes responsabilidades por todo el mundo podrían justificar una reconsideración de las ideas de Upton.

Nosotros tenemos una aprensión real de un ataque contra nuestro país o a nuestras fuerzas, y tenemos, inherentes a nuestra posición de la democracia más poderosa del mundo, responsabilidades internacionales muy serias. Pero la sociedad civil tiene que compartir esta responsabilidad de defensa o no se podrá atender.

En el pasado, el reclutamiento y las grandes fuerzas de reserva han tenido marcado éxito en mantener un grado de identidad de intereses entre los ciudadanos y sus Fuerzas Armadas. El prescindir de éstos no reducirlos radicalmente inevitablemente resultaría en que al soldado se considere como un individuo fuera de la sociedad, con todas las malas consecuencias para ambos.

En esta era de quemadores de tarjetas de reclutamiento, ya muchos ven al conscripto en una prisión. Su reclutamiento se considera arbitrario, si no maliciosamente cruel porque, en general, los ejércitos modernos son, por lo común, integrados y dirigidos por profesionales. No cabe duda que esta idea se ha propagado. Eso no quiere decir que los requisitos de tecnologías complejas y rápido despliegue no exigen que una gran proporción de las Fuerzas Armadas sean profesionales en servicio activo que lo que fuera el caso en los años 30 o aún a fines de los años 50.

## Lecciones aprendidas

El agravamiento de la última condición, con el Ejército contribuyendo a la polarización del ambiente político, podría surgir de tendencias "neouptonianas". Pero hoy día parece existir menos peligro en este respecto que, por ejemplo, hace 35 años. A juzgar por los acontecimientos de la primavera de 1968, el Ejército ha comprendido bien las lecciones aprendidas al tratar con el Ejército en 1932. No obstante, el Ejército tendrá que contrapesar este peligro de modo que, en cualquier fecha futura, no sea otra vez lanzado súbitamente a mantener la ley y el orden.

La ley no tiene ninguna sanción, aplicabilidad o inmutabilidad universal, sino es meramente una codificación de normas aceptadas. Según las normas cambian, la ley deberá cambiar, eso es esencial en una democracia.

Tal parece que la ley, según se interpreta y administra al presente, está en desacuerdo con las ideas de un segmento significativo o por lo menos articulado de la nación a la cual el Ejército ha jurado servir. Si el Ejército se ha de emplear para tratar con un grado de violencia menos que catastrófico, entonces corre el doble riesgo de ser empleado e identificado con un estado de cosas que no podría continuar siendo por mucho tiempo la ley del país si esta democracia ha de sobrevivir, y de ser el catalizador para un drástico agravamiento de ideas opuestas y el consiguiente deterioro de las comunicaciones a través del abismo social.

## Otra reacción

Pero, ¿y qué de la otra reacción? ¿Cuál es, de hecho, el papel apropiado para el Ejército en una sociedad democrática que cambia rápidamente?

Su primera misión es hacer todo lo que pueda para facilitar esa transición. Esto lo podría hacer principalmente en tres formas.

- Dando el ejemplo.
- Cuando sea llamado, apaciguando la violencia de tal manera que no agrave

ni contenga las fuerzas sociales hasta el punto que generen un potencial explosivo.

- Manteniendo su propia disciplina.

No cabe duda que uno de los adelantos más extraordinarios en nuestra sociedad durante los últimos 20 años es el grado hasta el cual la "igual oportunidad" ha pasado a ser una realidad en las fuerzas armadas. El Ejército merece un estandarte de combate por librar tan valerosamente esta "campaña".

Las lecciones aprendidas en Detroit, Michigan y Washington, D.C. con respecto a los medios más valiosos para hacer frente a una situación de violencia abierta han beneficiado al Ejército. Pero, ¿es que vamos a considerar meramente el criterio de eficacia táctica al examinar nuestros métodos? También deberíamos considerarlos a la luz de su contexto sociopolítico.

Finalmente, el Ejército está obligado a mantener su propia disciplina hasta tal grado que no llegue a imponer las ideas particulares de sus miembros sobre el resto de la sociedad —o sus dirigentes políticos— con la ayuda de la falsa sanción de su gran poderío económico, moral y físico, o de los llamados requisitos militares.

## Responsabilidades

Las responsabilidades del Ejército de EE.UU. con respecto a la política no se desempeñan descuidando de estudiar los problemas políticos. Es preciso que el Ejército se esfuerce positivamente para asegurar que su influencia nunca es sentida indebidamente en ninguna forma en consejos políticos y que los asuntos políticos se deciden en un ambiente libre de consideraciones militares ilegítimas. El Ejército no puede hacer este esfuerzo a menos que haya estudiado y obtenido una completa comprensión de su ambiente social y político.

La segunda misión es estar listo para proteger la sociedad, que ha quedado vulnerable durante este período de transición, de enemigos extranjeros y violencia catastrófica. Esta es una misión más tradicional y fácil de comprender. No hay duda que tiene sus peligros, ya que

entre la última amenaza y la protesta social auténtica puede existir una línea muy fina. Es en este punto que las tres ramas del Gobierno, con el Ejército, tendrán que usar colectivamente todo su juicio, experiencia y destreza administrativa para obtener a tiempo la decisión correcta.

La tercera misión del Ejército, en un sentido, es seguir siendo un sector de la sociedad americana a través de todos sus cambios, a menos que la sociedad, en exasperación, opte por despojarse de su "escudo y protector".

Estas misiones sugieren unas cuantas tareas. Primero, debemos examinar continuamente nuestros modos de operación. ¿Desalientan realmente ellos la violencia, o meramente suprimen los síntomas a la vez que estimulan el desarrollo de la enfermedad? ¿Son nuestros métodos de operación apropiados para los objetivos políticos? Los objetivos políticos, por supuesto, son determinados por las autoridades políticas.

Pero sería impráctico sostener que los líderes políticos no son influidos por lo que insiste el Establecimiento Militar, ya sea correcto o incorrecto, son condiciones necesarias para una acción militar eficaz. Esta influencia se siente cuando la dirección política se enfrenta al problema de definir las normas políticas para las operaciones. Por consiguiente, la lógica dicta que el Ejército examine minuciosamente sus exigencias a la autoridad política por libertad operacional para asegurar que éstas no son un reflejo de un concepto estrecho y erróneo de su misión.

El Ejército ha aprendido lecciones importantes de revoluciones en el extranjero. Ha aprendido la necesidad de distinguir las aspiraciones socio-económicas legítimas de la proscripción. ¿No deberíamos examinar ahora todo el conjunto de programas de formación de naciones que hemos ayudado a desarrollar, usar algunos de estos conocimientos y dedicar algún estudio imaginativo que identifique para el Gobierno aquellos programas que el Ejército podría aplicar al tratar con nuestra propia revolución?

## Un anacronismo

Parecería un anacronismo si fuéramos a enseñar a tantos extranjeros a identificarse con las aspiraciones socio-económicas legítimas de sus propios ciudadanos y dejar, sin embargo, de ver ninguna aplicación de este principio en nuestro propio país. El Cuerpo de Conservación Civil fue una idea avanzada e imaginativa. El Programa Médico de Acción Cívica, los programas de enseñanza, ayuda propia y asesoramiento y la comunicación en masa meramente encabezan la lista de actividades que nos vienen a la mente.

Si bien el fanatismo no puede eliminarse de la mente del hombre, sus manifestaciones pueden sofocarse hasta el punto en que se reduce el peligro de contagio. La simple idea de hacer que cualquier evidencia de intolerancia sea perjudicial para la carrera de un soldado debería tener algún efecto. El informe de calificación de los oficiales, por ejemplo, requiere que discutan innumerables cualidades personales. ¿Por qué no poner más énfasis en ello?

¿Está el Ejército destinado a destruirse a sí mismo o a destruir la nación? Naturalmente que no. Pero se pueden tomar medidas ahora para hacer su tarea más fácil que lo que pudiera ser de otro modo. Se han sugerido varias: Reconocer que la sociedad americana, como siempre, sigue cambiando; reconocer que el Ejército podría desempeñar en este proceso una función muy importante; y tomar medidas positivas para asegurar que la función que el Ejército asuma es apropiada y beneficiosa para la sociedad.

El Ejército tiene que ganarse la confianza de la sociedad americana por su conducta, debe continuar estudiando sus actividades y operaciones pensando en los efectos de largo alcance que puedan tener en la nación, y buscar programas efectivos que pueda ofrecer a la dirección política. Lo que se requiere es un nuevo sentido de responsabilidad, un enfoque hacia el porvenir, un debate formal, estar alerta a los cambios y un esfuerzo imaginativo.